

## 2

# MUERTE Y RESURRECCIÓN EN MESOPOTAMIA I

## LOS PRIMEROS POEMAS DE LA HISTORIA Y EL DESCENSO A LOS INFIERNOS DE UNA DIVINIDAD SUMERIA

### **El descenso de Inanna a los infiernos y el papel de Dumuzi.**

El poema de *El descenso de Inanna*<sup>1</sup> constituye, junto con la *Epopéya de Gilgamesh*,<sup>2</sup> la más grande, antigua e influyente de las leyendas de la vieja Mesopotamia: una antiquísima composición literaria referida a la muerte, narrada a través de un mito lunar y anterior en cerca de tres mil años al mito cristiano de la crucifixión, descenso a los infiernos y resurrección de Cristo.<sup>3</sup> Un mito, en definitiva, que tomó forma literaria, según Kramer, en el tránsito del tercer al segundo milenio antes de nuestra era y que sugiere diferentes interpretaciones en cuanto a las posibles motivaciones que llevaron a la diosa a descender al mundo subterráneo de los muertos. Pero que, sin embargo, a nadie escapa el mensaje del núcleo esencial de la parte final del texto: el hecho de que en él se sentaron las bases y se abordó, por vez primera en la historia y de forma clara, el tema de la muerte y la resurrección de una divinidad.

En líneas generales y siguiendo la revisión expuesta por S. N. Kramer en su tercera reelaboración del poema en 1951,<sup>4</sup> podemos decir que Inanna, dueña de la tierra, señora del cielo y grande de las alturas, aspiraba a suplantar también a su hermana Ereshkigal en los dominios del reino subterráneo (el Kur). Por lo que decidió planear el descenso, a fin de examinar las posibilidades de llevar a cabo sus ambiciosas expectativas; a cuyo objeto se apoderó de las leyes divinas, se vistió con sus regios atavíos, se adornó con sus lujosos abalorios y emprendió el viaje no sin antes tomar las debidas precauciones, pues temía, y no sin razón, el poder diabólico y destructor de su propia hermana, la señora del inframundo. Fue por ello que, de manera previsoramente, presentó a Ninshubur, su mensajera, visir y servidora, un plan de rescate en caso de que, dominada y aniquilada por los poderes demoniacos de la tierra hueca, no hubiese regresado al cabo de tres días. De tal forma que, ante la posibilidad nada desdeñable de un viaje sin retorno, Ninshubur debería acudir en petición de ayuda al resto de las divinidades del panteón de los dioses sumerios: de manera

---

<sup>1</sup> J. Bottéro y S. N. Kramer. *Mitología mesopotámica*. 291-309.

<sup>2</sup> Cf. Versión de F. Lara Peinado citada.

<sup>3</sup> Baring y Cashford. *Op. Cit.* p. 254. Aunque puede haberse transmitido oralmente desde mucho tiempo antes.

<sup>4</sup> S. N. Kramer. *La historia empieza en Sumer*. 192-202.

sucesiva, y en previsión de que le fuese denegada la ayuda solicitada por algunas deidades, debería acudir a la asamblea de los dioses en primer lugar; luego, a Enlil; más tarde, al dios Nanna, su padre, y, finalmente, al dios Enki, su tío abuelo.

Así, tras haber dejado establecido el plan de salvamento en caso de hostilidad por parte de los señores del subsuelo, la diosa descendió a los territorios de la muerte y se encaminó al templo de lapislázuli de su hermana Ereshkigal.

«¡Pêtù, abre el palacio! ¡Abre el palacio!  
 ¡Que yo en persona quiero entrar en él!».  
 Y Pêtù, el portero jefe del mundo inferior,  
 Respondió a la santa Inanna:  
 «Y bien... ¿Quién eres tú?»  
 —¡Soy la reina del Cielo,  
 del lugar en el que se alza el sol!  
 —Si eres la reina del Cielo [respondió el portero]  
 Del lugar en el que se alza el sol,  
 ¿A qué has venido a este país sin retorno?  
 ¿Por qué te ha impulsado tu corazón hacia el camino que nadie desanda?<sup>5</sup>

Allí, en la misma puerta, el portero le presentó las primeras dificultades, pues, ante a la exigencia de que explicase el motivo de la visita, la diosa ofreció, al parecer, pretextos a todas luces inverosímiles (como el de la asistencia a un funeral no confirmado en el poema). Lo cual no impidió que el portero (Neti o Pêtù), que seguía órdenes muy precisas de su señora Ereshkigal, le permitiese finalmente entrar, haciéndole pasar primero por las siete puertas del infierno, en cada una de la cuales Inanna fue despojada, según «los ritos del mundo inferior», de cada uno de sus regios atavíos y lujosas joyas. Por supuesto, de nada sirvieron sus indignadas protestas frente a las «furibundas» sentencias de la muerte, pues, tras haber atravesado la última de las puertas, la diosa se encontraba ya completamente desnuda y humillada en su orgullo y potestad. Y, de esta manera indigna, arrastrada por los suelos, fue obligada a ponerse de rodillas ante su hermana Ereshkigal y ante los siete jueces *anunnakis* del mundo subterráneo. Entonces...

La divina Ereshkigal ocupó su lugar en el trono.  
 Y los *anunnakis*, los Siete Magistrados,  
 Dieron ante ella su veredicto:  
 Ella posó su mirada sobre Inanna: ¡una mirada mortífera!  
 Dictó sentencia en contra de ella: ¡una sentencia furibunda!  
 Lanzó un grito contra ella: ¡un grito de maldición!  
 La mujer, así maltratada, fue convertida en cadáver,  
 y el cadáver fue colgado de un clavo!<sup>6</sup>

Transcurridos tres días y tres noches sin noticias de su regreso, y tal y como había sido acordado, *Ninshubur* se dispuso a poner en marcha el plan de salvamento prefijado. Pero, como sabiamente había presumido Inanna, los primeros contactos no ofrecieron respuesta satisfactoria, pues los dioses, incluido su padre, opinaron que «se interesaba por

<sup>5</sup> J. Bottéro y S. N. Kramer. *Mitología mesopotámica*. VV. 75-83. 294, 295.

<sup>6</sup> Op. Cit. VV. 162-168. 297.

cosas prohibidas» que se encontraban más allá de sus poderes; y sólo el dios Enki aceptó colaborar en su salvamento a través de la creación, a base de arcilla, de dos mensajeros asexuados, de nombres Kurgarru y Kalaturru, que envió a los infiernos provistos del «alimento de vida» y del «agua de vida». Finalmente, tras vicisitudes varias, engaños y artimañas, y gracias a la ayuda que le brindaron estos dos extraños personajes a Ereshkigal en sus dolores de parto, consiguieron llegar hasta el cadáver, «que pendía de un clavo» y pudieron reanimarlo. Con lo que Inanna, vuelta a la vida, comenzó a tramar la liberación de los designios de los siete implacables jueces anunnakis y del poder de su hermana; así como la idea de un feliz regreso a la superficie de la tierra. Pero ocurrió que allí estaban, impertérritos e insobornables, los siete terribles jueces, guardianes del orden tenebroso de la muerte, quienes se encararon con ella diciéndole:

«Hasta ahora, nadie que haya bajado al mundo inferior  
Ha podido salir libre de él.  
¡Así pues, si Inanna quiere salir del mundo inferior,  
tendrá que dejar un sustituto!».<sup>7</sup>

Los siete magistrados dejaron claro que aquél que una vez había descendido al mundo de los muertos no podía regresar jamás a la vida; aunque le permitieron volver, no obstante, a condición de que fuera reemplazada en el reino de Ereshkigal por una deidad viva que ocupase su lugar. Por lo que le permitieron regresar a la superficie para ejecutar el intercambio bajo compromiso de que fuera permanentemente acompañada por unos crueles seres demoniacos, los *galla*; seres patéticos y tenebrosos que portaban claras instrucciones de devolverla a los infiernos, caso de no encontrar a ninguna otra divinidad que la reemplazase. Así fue como, siempre acompañada del terrible cortejo fúnebre de demonios, y buscando sustituto infructuosamente, recorrió las ciudades de Umma y Badtibira, donde, aterrorizadas, las divinidades tutelares se arrastraban a sus pies suplicando compasión y misericordia. Emocionada y afectada su sensibilidad por el llanto y las súplicas lastimosas de estas deidades menores, Inanna decidió pasar de largo y continuar su búsqueda en otros lugares. Así fue como peregrinó sin resultado hasta llegar a Kullab, en la ciudad de Uruk, donde su esposo Dumuzi ejercía como deidad local con todos los poderes heredados tras la «muerte» de su esposa. Pero, al acercarse a él, la diosa quedó estupefacta, y la sorpresa del encuentro se tornó en indignación e incontenida rabia, pues, lejos de encontrar a su amado sobrecogido, condolido y afligido por la desaparición de su joven esposa, lamentándose por el amor perdido y vestido de harapos en señal de luto y desconsuelo, descubrió a Dumuzi sentado en su propio trono, cubierto con ricas vestiduras y autocomplacido tras haberse convertido en el soberano tutelar único de aquel territorio urbano. Fue entonces cuando «ella lo amarró con su ojo, el ojo de la muerte», y los demonios se prepararon para apresarlos y llevarlos, como sustituto, al mundo subterráneo.

Dumuzi, cariacontecido ante la visión del regreso de su esposa del reino del que no hay retorno, palideció, gimió y huyó de los perseguidores. Luego, elevando las manos al cielo, imploró a Utu, el dios sol, hermano de Inanna y cuñado suyo, pidiéndole ayuda para escapar de las garras de aquellos seres perversos y demoniacos que acompañaban a su esposa. Todo lo cual no consiguió torcer la voluntad de los siete jueces anunnakis y modi-

<sup>7</sup> Op. Cit. VV. 275-277. 301.

ficar un destino al que le esperaba una muerte inexorable e inminente. A pesar de algunas lagunas en la parte final del texto, Kramer terminó interpretando que Ereshkigal, compadecida de las lágrimas y de las súplicas de Dumuzi, que quería seguir viviendo, concluyó mitigando su triste destino y decidió que el sustituto de Inanna no permaneciese muerto en el mundo inferior más que la mitad de cada ciclo anual, ya que la hermana de Dumuzi, Geshtinanna, se había ofrecido a reemplazarlo por voluntad propia durante la otra mitad del año.

Prácticamente nadie duda de que el mito del descenso de Inanna y su sustitución en el inframundo por Dumuzi ofrecía una explicación mítica del ritmo anual de la vegetación que, en Mesopotamia, reverdecía durante los seis meses de temperaturas moderadas, de enero a junio, para luego desaparecer abrasada por el intenso calor estival y el frío del invierno. Así, en el intervalo de tiempo comprendido entre el mes de Dumuzi-Tammuz (junio-julio, Tumuzu), durante el cual se celebraba la muerte del hijo-amante de la diosa y su descenso a los infiernos, y los meses de Kislimu y Tebêtu (diciembre y enero), en que se celebraba la resurrección del dios,<sup>8</sup> toda la vida vegetal moría sobre la tierra, convirtiendo aquel estado de cosas en una seria amenaza de destrucción del mundo. Pero, puntualmente, el dios muerto resucitaba todos los años tras el solsticio de invierno y volvía del mundo subterráneo anticipando una «nueva creación del mundo»; un retorno que terminaría conmemorándose en Babilonia en las celebraciones y los ritos del Año Nuevo en el equinoccio de primavera, durante el mes de Nisán o Nisanu (marzo-abril), una traducción de las nociones de «brote» o «retoño» alusivas a la naturaleza vegetal.

---

<sup>8</sup> Op. Cit. 343.